

JOAQUÍN GABALDÓN MÁRQUEZ

Tema: "Elogio del doctor Juan José Mendoza.

El Enlace de las Generaciones."

23 de junio de 1960

Señor Director,

Señores Académicos,

Señoras, Señores:

No es sólo la norma reglamentaria lo que me obliga, al comenzar estas palabras, a intentar el elogio del académico cuyo sillón me toca ocupar, en el seno de esta Ilustre Corporación.

I. - ELOGIO DEL DOCTOR JUAN JOSÉ MENDOZA

El Dr. Juan José Mendoza está vinculado a muy caras ocasiones de mi vida intelectual, una de cuyas vertientes me trae, aunque inmerecidamente, a este alto sitio. En el recuerdo de mis años de estudiante de derecho, la figura moral e intelectual de aquel Profesor consciente y modesto, en quien se aunaban la ciencia y la sencillez, como que ellas suelen andar estrechamente conjugadas, se perfila imborrablemente, como uno de los elementos que yo hubiera querido que influyesen más profunda y permanentemente en mi formación espiritual y científica.

Bajo las arcadas de este edificio, hace ya más de treinta años, tres veces a la semana, con rigurosa puntualidad, aparecía la silueta de un hombre vestido de negro, con alto cuello blanquísimo, de caminar levemente apresurado, con cierta severidad de porte, alejada de toda rigidez presuntuosa como de todo descuido impropio. Sacaba de su faltriquera un memorandum brevísimo y nos hablaba durante una hora. Su exposición era clara, concreta, metódica. Las formas concisas del latín y del Derecho Romano parecían haberle prestado a su manera intelectual los más ceñidos moldes. Terminada la clase, a cualquier pregunta nuestra, respondía con la misma concreta precisión. Luego supimos que asimismo eran sus

informes forenses, sus dictámenes de consultor ministerial. Asimismo eran sus conversaciones y sus discursos.

Aquella modalidad suya hubo de traducirse en la condición entera de su labor intelectual, específicamente de su labor histórica, que sería la que más podría interesarnos aquí, si no fuese porque él mismo hubo de decirnos cómo hay algo que está siempre por encima de la ciencia, de la literatura y del arte. Tal es la condición moral del individuo, manifestada ya en la finalidad de su acción, ya en la naturaleza de sus sentimientos, ya en el sentido de sus pensamientos. Así, la obra que nos queda del Dr. Juan José Mendoza, se nos presenta de corta extensión material, pero de una condensación cuya medida singular aparece con extraordinario relieve al simple examen de una cualquiera de sus pocas elaboraciones escritas. Para demostrarlo, yo no tendría sino que referirme a algunos de sus discursos, en cada uno de los cuales se manifiestan, a la par de las vehementes convicciones que movían siempre su espíritu; las virtudes de exactitud, firmeza, claridad y concisión, que dejaban en él de ser puramente exteriores para constituir un todo con su ser humano, en perfecta unidad de forma y de sustancia.

No habría sino que leer el discurso pronunciado en la instalación de nuevos funcionarios del Colegio de Abogados el 8 de enero de 1905. Para redactar un Decálogo del Jurisconsulto, no tengo la menor duda de que aquella pieza es una irreprochable Exposición de Motivos, y sólo dejo de ceder a la tentación de transcribir alguna parte porque ello me haría caer en el grave peligro de no saber por cuál decidirme. Allí el doctor Mendoza, ateniéndose a una máxima que le era habitual, nos presenta una jugosa antología sobre la profesión de abogado, a cuyos pensamientos no les falta sino el ser esculpidos en mármol para que deban ser colocados en las Casas de la Justicia. Ese Discurso debería ser, además, impreso en pergamino, para el bufete de los profesionales y el estudio de los escritores de la ciencia jurídica.

Su máxima era que por qué repetir, con otras palabras, lo que ya estaba insuperablemente dicho por los grandes maestros, y yo he sostenido que el arte de antologizar, estrechamente colindante con los terrenos de la ciencia, por lo que tiene de labor selectiva y de síntesis, es una de las más preciosas necesidades

culturales de la vida moderna, cuando el hombre se siente flotar en el desatado diluvio de la intemperancia literaria. Con aquella máxima y con la humilde sumisión a ella, el doctor Mendoza nos ha dejado una invaluable lección, y mucho más cuando se piensa cómo aquellas ideas habían pasado en él a formar el fluido de la sangre, la sustancia del pensar cotidiano y la norma de la conducta, así en la actividad profesional como en la vida familiar y en la gestión ciudadana.

Estamos ahora frente a la oración pronunciada por el doctor Mendoza para responder al discurso de incorporación a esta Academia del noble y delicado espíritu que fue don Pedro Emilio Coll y he aquí entonces una nueva faceta que muestra la flexibilidad, la finura, a la par que la sabiduría y la penetrante inteligencia de nuestro antecesor. Ya no se trata, en efecto, de disertar acerca de alguna ardua cuestión jurídica. El doctor Mendoza se inclina sobre un tema tan literario, tan lírico, que no es otro que el de desentrañar el sentido trascendente de una simple palabra, y cuando esta voz no es otra que el vocablo *lírico* mismo. He allí entonces del fino filólogo, que sabe el origen, evolución, connotación y matiz de la palabra profunda y sugestiva.

¡Ah! Pero no es sólo del filólogo de quien tenemos allí genuinas muestras. Caballero a lomos del precioso vocablo, nuestro severo jinete se pasea por los variados campos a que le da acceso la rica variedad de sus aficiones y de sus conocimientos. Ya vuela por el terreno flotante de la música, cuando nos habla, para referirse a Beethoven, de "el monumento más ligero que el aire y más duradero que el bronce". Ya pasa a la palabra *utopía* cuyo parentesco con la voz *lírica* le transporta -se diría, risueñamente, porque en realidad más tenía él de Quijote que de Sancho- se diría que como a Sancho, le transporta, a grupas de Clavileño, por las regiones del aire, del fuego, de la luz, hasta desembocar, con el propio Caballero Manchego, en acepciones y definiciones que esclarecen la biología sobrenatural del vocablo que diera origen a la inesperada incursión filológica por el etéreo territorio de las nubes.

Mas ese inesperado vuelo no es para llevamos a flotar y abandonamos en la región azul, sino para deducir, por el camino de la historia, la necesaria lección de optimismo y de verdad, al reivindicar para el concepto del quijotismo -tan

estrechamente ligado a lo lírico y a lo utópico-, todo el contenido vital que han puesto en él la evolución del espíritu humano y el desarrollo de la sensibilidad social. Porque, precisamente, a lomo de aquellos vocablos mágicos, el escritor ha ido a encontrarse nada menos que con personajes, no ya de la vida fantástica, sino de la realidad histórica y dentro de ésta, nada menos que con José María España, Manuel Gual, Francisco de Miranda y Simón Bolívar. Oídle, en efecto:

"Los hombres de 1797, los de 1811, el mismo Libertador, pudieron equivocarse al formular planes constitucionales demasiado amplios o demasiado estrechos para los cuerpos que habían de vestir; pero llevaron a término la obra formidable con voluntad nunca desmayada. Miranda también pudo equivocarse, ya en cuanto a la apreciación de los medios de que podía disponer para las empresas militares, ya en cuanto al proyecto un si es no es fantástico del Incazgo para la organización constitucional de los nuevos Estados. Empero, ¿quién calificaría de lírico al expugnador de Amberes, al protector de la retirada de las Argonas? ¿Quién osaría llamar utopista a ese caballero errante que en todas las extraordinarias circunstancias de su vida, no parece tener otro pensamiento que la independencia de América?"

"Yo preferiría llamarles Quijotes, porque este nombre no despierta en mi ánimo la idea de lo ridículo sino la de lo sublime. Todos vosotros recordáis el pasaje cuando en la playa de Barcelona, desazonado Don Quijote por el Caballero de la Blanca Luna, éste le reclama el cumplimiento de las condiciones del duelo: Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo: Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. ¡Aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra!"

"Esas palabras, donde parece latir el nervio del libro inmortal y vibrar el pensamiento íntimo del autor maravilloso, son si bien las entiendo, la afirmación del ideal en el momento mismo de la derrota, la confesión de la fe en su existencia y de que en ocasiones es la imperfección de los medios lo que nos impide alcanzarlo. El mismo hidalgo decía que el heroísmo no está sólo en acabar empresas grandes sino también en morir por acometerlas. Si los molinos hubieran sido gigantes, Don

Quijote habría atacado con el mismo denuedo y el león que conducía el carretero bajo las banderas reales era de carne y hueso."

"¿Cuál la conclusión de este deshilvanado discurso? Que conviene distinguir con cuidado al mero lírico del idealista: al primero le faltarán siempre los medios para coronar la obra, puesto que persigue lo inalcanzable: al segundo pueden faltarle en determinadas circunstancias, pero no por la imposibilidad de la empresa, que en sí misma contiene los elementos del triunfo. Los fines que no logró el Precursor por no haber hallado a mano los instrumentos necesarios, los obtuvo el Libertador forjando esos instrumentos, pero ninguno de los dos fue lírico; y si a esto añadimos que lo que hoy parece utópico, puede no serlo mañana, si juzgamos prudentemente debemos ser muy parcos en la aplicación del calificativo. Y desde un punto de vista puramente filológico, me atrevo a pensar que a las acepciones que nos ofrece don Lisandro Alvarado, podría agregarse la del que sin correr tras fines utópicos, emplea medios manifiestamente inadecuados para conseguirlos."

Recordemos que aquella oración de Pedro Emilio Coll a la que respondía el Doctor Mendoza, no era otra cosa, en el fondo, que la defensa de los principios republicanos y democráticos, que tan maltrechos andaban, por aquellos días de 1925, y cómo decía el autor del *Castillo de Elsinor*, apuntando directamente al tirano del día y a su apologista innominado:

"Por mi parte, no me rindo en absoluto a los que, alardeando de realistas prácticos o disfrazados de positivistas, confunden el horizonte con el límite de su visión personal, ni abrigo absoluta confianza en los gendarmes de la inteligencia, que vigilan la zona prohibida a los llamados quiméricos y en la que, a veces, irrumpen con violencia dando al traste con aquellos en lamentable confusión..."

Es por eso por lo que he dicho que el doctor Mendoza, así en su vida como en su pensamiento, pudo afirmar con plenitud de derecho y de conciencia, cómo, él mismo, frente a los malandrines pseudopositivistas, "soñaba también algunas veces, pensaba que Don Quijote tenía existencia real y le confundía voluntariamente con el que lo engendró en una cárcel", y cómo, de la obra de Cervantes, sabemos que era lectura constante y predilecta suya. Yo estoy cierto de cómo podría yo mismo, y

acaso lo intente alguna vez, escribir un ensayo sobre *Juan José Mendoza-Quijote*, en el que estudiaría la vigencia perenne de su juventud lírica, a pesar de su apariencia severa, nunca solemne, y de las muchas canas que le cayeron sobre la frente.

No me detendré mucho más en el elogio del doctor Mendoza, porque si bien se que este discurso podría estarle, con plena razón, enteramente consagrado, es lo cierto que otras cuestiones, en nada ajenas a su espíritu, reclaman mi interés. Más no puedo dejar de mencionar una pieza suya, de valor e importancia excepcionales. Se trata de su discurso con motivo de la recepción de esta Academia de la insigne escritora, aquí felizmente presente, doña Lucila Luciani de Pérez Díaz. Allí después de rendir cumplida justicia, con palabras lapidarias, a la primera y, hasta hoy, única académica venezolana del dulce bando adverso, pasa el doctor Mendoza a hacer unas que llama breves consideraciones, y que lo son por la parquedad de las palabras, pero que juzgo de particular significación para evaluar la mente de su autor en el terreno de la crítica histórica.

Me refiero a su juicio acerca del Decreto de Guerra a Muerte. El doctor Mendoza, "dando de mano a los argumentos de orden exclusivamente moral"; que en sus días, según su expresión, "andaban algo desvalidos", se coloca "en un punto de vista exclusivamente positivo y experimental para negar a la famosa proclama todo efecto favorable a la causa de la Independencia". Pasa luego a demostrar ese aserto con mención de hechos precisos y copiosos, de aspecto asaz plausible a su tesis, y a la conclusión de que la ineficacia de la medida hubo de ser tal que hasta Bolívar, "el propio autor de las palabras tremendas se empeña en borrarlas no sólo de la Historia, sino, quizá, de su mente misma".

No son la verdad o la no verdad de aquella conclusión, lo que nos interesa en este instante, ni lo que queremos examinar o aprobar ahora. Lo importante es la valentía de una tesis que choca con la mayoría de las explicaciones que, con autoridad más o menos discutible, han sido formuladas respecto del terrible documento. La penetración, o la sutileza, o la ecuanimidad del doctor Mendoza, llegan -contra todas aquellas tesis-, a concluir en que el propio Bolívar, "desde el día siguiente de su creación (la del Decreto), la va desmoronando con formidables

martillazos, hasta dejada reducida a polvo, como el becerro de oro a los golpes de Moisés". Y luego: "tan falto de crueldad su corazón como sobrado de perspicacia su cerebro, se dio cuenta inmediata de que la guerra a muerte era cantidad negativa en las operaciones de la empresa épica y la fue eliminando en sus cálculos desde el momento mismo de su proclamación".

Sí; la valentía, prueba aquí de indeclinable rectitud moral, de incommovible firmeza de espíritu, pues que podríamos decir que hasta aquel momento, acaso con muy escasas excepciones, los juicios de los historiadores se hallaban divididos entre los que condenaban al autor del Decreto y los que lo absolvían, y hasta lo exaltaban por él, como por un mérito insigne, o si se quiere, los que lo explicaban como una ineludible necesidad de las circunstancias.

Podríase, tal vez, argüir, que su admiración por Bolívar, al lado de su insobornable inclinación por la justicia o la misericordia, o bien, su delicadísimo criterio de jurista, le llevaron en el momento de plantear aquella tesis, a colocarse, con suma finura, en aquel punto de equilibrio que se asemeja a aquel otro a que se había referido una vez el propio Libertador, al describirnos el fenómeno que han observado en alguna ocasión los marinos, de dos olas que se sostienen mutuamente en medio del eterno vaivén del océano.

Ello no hace sino ponernos de manifiesto cómo la historia, particularmente la que atañe a la atribución de responsabilidades morales, no termina nunca de escribirse, porque ella depende, cada vez más, de los nuevos niveles de elevación espiritual que va alcanzando el historiador. Sin duda, el doctor Mendoza, en aquel instante llevado por la íntima fuerza de su conciencia, estaba en uno de los puntos de más hermoso ascenso. Su tesis, sin embargo, a nuestro entender, y con ella el concepto sobre la guerra a muerte, se plantea aún para la formulación de un juicio definitivo.

Permítaseme ahora, después del homenaje de mi admiración y de mi afecto al noble maestro, pasar a la siguiente parte de mi discurso. Tengo la íntima convicción de que la vida, el pensamiento, la sensibilidad del Doctor Juan José Mendoza, son anillos de oro para el enlace de las generaciones, de que vaya tratar más luego.

II. - EL ENLACE DE LAS GENERACIONES

Confieso que antes del día en que los ilustres patrociantes de mi ingreso a esta digna Corporación se sumaron a la espontánea y generosa iniciativa de don Ramón Díaz Sánchez, rara vez me había planteado, como cosa formal, ese ingreso. En realidad, y perdóneseme que lo diga con cierta sinceridad casi desparpajada, en verdad, no había pensado acaso en ello muy seriamente. No me detenía mucho a imaginar en qué manera pudiese modificar mi situación al abrigo de este venerable recinto la solemne ceremonia que hoy se realiza. Yo me sentía desde algún tiempo, si bien que de modo peculiar, levemente académico. Quienes me encontraban, desde hace años, con frecuencia cotidiana, por estos viejos corredores, acaso pensaban también -a mí así me parecía percibido, alguna vez-, que ya yo pertenecía a este Instituto.

Yo me saludaba, con respetuosa familiaridad, con cada uno de los señores Académicos. Me codeaba con el señor Secretario, con el señor Archivero, con el señor Bibliotecario. Así con las amables secretarias. Así con los buenos muchachos porteros, mandaderos y barrenderos, lo mismo que si yo fuese un trabajador más de esta casa.

La biblioteca y los archivos me estaban abiertos y lo mismo podía consultar un viejo papel que leer un grueso in-folio o un moderno libro; o bien sentarme a soñar al pie de las figuras de Vargas o de Cajigal. Lo mismo hubiese podido hacer echándome sobre la hierba, bajo los mamones, los mangos o los pomagaces, si no hubiese sido por la asperidad o la humedad de la grama reseca o recién regada, o por temor a las hormigas hostiles.

Mas no se vaya a pensar que ese casi sentirme yo académico, desde hace tiempo, sin que se hubiesen cumplido trámites reglamentarios, constituya una prueba, por parte mía, de algún espíritu de usurpación o de presunción vanidosa. Distinto, muy distinto, había sido el modo de aquella mi tolerada, casi clandestina, casi misteriosa condición académica.

Había, en efecto, ciertos graves indicios por los cuales podía conocerse claramente que yo no era un académico verdadero y legítimo. No se me veía asistir a las sesiones que celebra con puntualidad los jueves este digno Instituto. Ni se me veía sentarme en los altos y clásicos sillones de este regio salón. Ni se me podía ver, ¡cuánto menos!, trepar a esta tribuna, para exponer una docta teoría sobre el acontecer histórico o para narrar una dramática ocasión de los fastos nacionales o universales.

Yo he sido, hasta ahora, otra cosa distinta, que es la misma que he de seguir siendo siempre, bajo las nuevas condiciones en que me coloca, de hoy más, la extrema benevolencia de ustedes. Yo no era, yo no sigo siendo, sino el hermano lego de esta ilustre congregación.

Todos saben qué cosa, o qué persona, era el hermano lego de los antiguos conventos, de aquellos de cuyo ambiente, a veces, nos hacen recordar la historia, la apariencia misma, de este recinto, académico y monástico a la vez, con sus coloniales artesonados, o más bien arcadas medioevales, que son las mismas, si acaso fina y hábilmente transformadas por recientes refacciones arquitectónicas, las mismas de este viejo, noble y venerable Convento de San Francisco.

"Falto de letras o noticias, profeso, pero sin opción a las sagradas órdenes", define la Academia al hermano lego de los antiguos conventos. Solía, sin embargo, algunas veces, adquirir entre sus superiores algún afecto, y hasta alguna autoridad y consideración, bien que no por las dotes de sapiencia, de que carecía, sí en razón de su amor y devoción por la casa, o en gracia a su constante voluntad de servicio, y, muy especialmente, por aquello de que "a quien anda con la miel algo se le pega", en virtud de cuya verdad no era extraño que el mismo hermano lego llegase a tener alguna noción de las elevadas materias de que platicaban los reverendos priores o los barbudos abades, bajo las altas arcadas, o junto a los verdes pinos del jardín conventual.

Mas no es el caso de que ese mismo hermano lego, traído ahora por extrema benevolencia al seno de la paridad formal con sus antiguos maestros -más jóvenes que él, inclusive, algunos de ellos-; no es el caso de que el hermano lego haya de quedarse allí mismo, en el sitio de donde ha sido levantado, para traerlo al alto

nivel que esta ceremonia significa. Y es por ello por lo que su conciencia ha debido experimentar ahora una sacudida que le lleva a preguntarse, ya con mayor seriedad, ya con más claro sentido de responsabilidad, qué cosa sea esa ciencia de cuyo banquete se le hace partícipe, de cuyo gusto ya tiene algún pregusto, por razón de aquel dicho de que el comedor de los legos está cerca del refectorio de los abades, y porque, a fuer de no estar ya tan joven, bien puede decir, parodiando cierto refrán, que casi tanto puede llegar a saber el lego por viejo, como el prior o el abad por sus libros.

La condición menuda del lego, por otra parte, ha sido alguna vez causa de que pueda él haber visto cosas de la vida pequeña, respecto de las cuales acaso no hubiesen tenido demasiado tiempo que despilfarrar quienes debían ocuparse en las altas y grandes cosas de la historia propiamente dicha, aunado ello a cierta inclinación, muy propia de su naturaleza, que le habría llevado a hacerse más que historiador, simple cronista de las cosas menudas que le había tocado vivir y presenciar, personalmente, así fuesen de la mínima importancia que es fácil suponer.

Muy joven aún, había tenido una vida esparcida y descuidada, que le condujera más de una vez al tumulto de la plaza pública, al bullicio de las alhóndigas, donde se juntan los mercaderes del menudeo, o adonde vienen a ofrecer sus productos los campesinos de las tierras cercanas. O bien, había vagado, algunas altas noches, por los callejones sórdidos de los barrios plebeyos. O bien, más tarde, se había sentado a escuchar en las escalinatas de las casas de justicia el rumor de las demandas y de los procesos. O bien, algunas otras mañanas, había estado en los muelles, donde atracan los navíos de los puertos lejanos, de donde vienen las lenguas extrañas y marineras, junto con las especierías y los papagayos de los países exóticos, y los esclavos de las regiones tropicales y primitivas.

Todo aquello le parecía al hermano lego, a un mismo tiempo igual y diferente de lo que oía de los labios ponderados o interpretaba de los gestos poderosos de los sabios priores y de los elocuentes abades. Y se preguntaba, cómo era que dos ríos de linfas iguales y distintas -que a él le parecían en realidad una sola y misma

corriente-, se presentaban a menudo en dos planos, no sólo diferentes, sino contradictorios y apartados.

He aquí cómo se planteaba entonces lo que le parecía extraña inconsecuencia... ¡Mas no! Permítaseme, más bien, abandonar las metáforas del hermano lego, de los reverendos abades y de los venerables priores. Tal procedimiento literario no es, sin duda, más que un rezago de hábitos juveniles, ya lejanos y borrosos, que no cuadran bien a la etapa de circunspección que ciertamente ha de significar, Dios mediante, de hoy más, la investidura académica que me es dado endosar ahora.

Mi ingreso en la Academia Nacional de la Historia ha sido, para mí, durante estos últimos meses, ocasión de intensa meditación. Mi vida intelectual, en efecto, ha estado siempre -por lo menos allá, en la intimidad- influida por las circunstancias, ya remotas, dentro de las cuales hubo de dar sus primeros pasos. Los hombres de la generación a que pertenezco, nos iniciamos, en el camino de la inquietud literaria y ciudadana, bajo un signo que nos parecía extraordinario; en una época que nos parecía peculiar; con el cerebro lleno de pensamientos que se nos presentaban como marcados por un destino de renovación. Déjese aparte la consideración de relatividad que aquella actitud de adolescentes deba merecer, pero es lo cierto que, psicológicamente -en lo más vivo y profundo de la sinceridad humana-, tal actitud no pudo menos de haber ejercido una acción particular sobre la formación de nuestras mentalidades en trance de crecimiento.

Nos creíamos iconoclastas. Pensábamos venir, según la propia fe juvenil, no sólo a renovar, sino a transformado todo, después de haber demolido cuanto nos precediera. Nuestros ojos, casi infantiles, no veían en el pasado -cuya realidad ignorábamos, en gran parte-, sino opacidad literaria, palabras huecas de sentido, corazones resecos por el interés personal. Tal era el sincero panorama que aparecía a nuestros ojos, alucinados por el ardor del ensueño adolescente.

Aquella visión no podría dejar de ser encantadora para nosotros. No me negará ninguno de los aquí presentes cuánto hubiésemos querido todos -aún los que ya no somos niños, ni adolescentes, ni jóvenes-, cuánto hubiésemos anhelado, todos, volver alguna vez al Paraíso Terrenal; es decir, no sólo a la edad inicial del

individuo, sino inclusive a la edad, si no científicamente demostrada, por lo menos sí poéticamente percibida, de la historia colectiva del hombre original.

Desde entonces han pasado más de treinta años y nos toca, nos va a tocar, acaso, en breve, la labor de poner las bases para un balance, siquiera tentativo y provisional, de la parte de historia que nos ha tocado vivir, bien que este testimonio deba aparecer todavía como simple y pura crónica, pero que ha de constituir mañana parte de la historia propiamente dicha. El sujeto que piensa y recuerda y pone a la orden de quienes le sucederán en el vivir histórico los materiales -las crónicas-, del papel que le ha tocado desempeñar, personal o colectivamente, no hace sino cumplir el precepto cristiano del examen de conciencia, que ha de preceder a la final rendición de cuentas.

Desde aquellos comienzos, dije, han pasado ya más de treinta años. Hemos tenido tiempo de actuar, de meditar, y de prepararnos para ese rendimiento de cuentas. Razonable resulta entonces que, a la vez que acopiemos los elementos documentales que han de permitir ese balance, vayamos dibujando los lineamientos bajo los cuales nos parece que han de encuadrarse los hechos históricos por los cuales somos en alguna medida responsables.

Previo o simultáneamente con ese dibujo teórico, dentro del cual han de aparecer enmarcadas nuestras actuaciones, resulta lógico, inclusive necesario, delinear el estado de la sociedad en que hubimos de actuar. Y no menos que eso, nos parece necesario tratar de señalar el concepto que hubo de regir, intuitiva o conscientemente, el papel que nos creíamos llamados a desempeñar en la es" cena de nuestro tiempo.

La misma designación con que suele ser señalado el grupo de hombres a que pertenecemos, se diría que nos diese la punta del hilo de la madeja que tenemos que desenredar. No hace apenas cinco o seis años hubimos de ser, bajo pretexto, no muy bien intencionado, de análisis periodístico, hubimos de ser objeto, digo, de una suerte de paralelos históricos individualizados, bajo el título de *Balance de la generación del 28*. No es la oportunidad de detenemos en el análisis de aquel "análisis". Si lo mencionamos es sólo porque conviene que empecemos a decir

nuestro propio concepto de la categoría de generación dentro de la cual se ha sólido encuadramos.

Desde aquellos tiempos iniciales, había empezado a inquietarnos, a nosotros mismos, el concepto de *generación*; y como nos encontrábamos bajo los poderosos reflectores de un pensador que tenía por entonces extensa influencia en las mentalidades juveniles, nada más oportuno que referimos a la idea de *generación*, que se nos transmitía desde aquella elevada y respetada cátedra.

"Las variaciones de la sensibilidad vital -decía Don José Ortega y Gasset-, las variaciones de la *sensibilidad vital* que son decisivas en la historia se presentan bajo la forma de *generación*. Una generación no es un puñado de hombres egregios, ni simplemente una masa; es como un nuevo cuerpo social íntegro, con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzada sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada. La *generación*, compromiso dinámico entre masa e individuo, es el concepto más importante de la historia, y, por decirlo así, el gozne sobre el que ejecuta sus movimientos."

No se detiene ahí Ortega y Gasset. "Una generación -continúa-, es una variedad humana, en el sentido riguroso que dan a este término los naturalistas. Los miembros de ella vienen al mundo dotados de ciertos caracteres típicos, que les prestan una fisonomía común, diferenciándolos de la generación anterior. Dentro de ese marco de identidad pueden ser los individuos del más diverso temple, hasta el punto de que, habiendo de vivir unos juntos a los otros, a fuer de contemporáneos, se sienten a veces como antagonistas. Pero bajo la más violenta contraposición de los *pro* y los *anti* descubre la mirada una común filigrana. Unos y otros son hombres de su tiempo, y por mucho que se diferencien se parecen más todavía. El reaccionario y el revolucionario del siglo XIX son mucho más afines entre sí que cualquiera de ellos con cualquiera de nosotros (los hombres del siglo XX). Y es que, blancos o negros, pertenecen a una misma especie, y en nosotros, negros o blancos, se inicia otra distinta."

Ahora bien, ¿tuvimos nosotros una *sensibilidad vital* diferente de la generación, o generaciones, que nos precedieron? ¿Cómo pudo haberse formado en nosotros esa nueva sensibilidad diferencial?

Como base, las generaciones, y particularmente las que tienen muy pronunciado el carácter diferencial, se forman, se definen, necesariamente, en la edad juvenil. Es ella la edad plástica del ser humano. Es ella la edad en que se puede ser objeto de impresiones profundas, capaces de infundir carácter, de imprimir modalidades nuevas. Y para que esos factores, que van a determinar la psicología de una generación, puedan realizar tal función formativa, es indispensable que ellos mismos participen en alguna medida de las cualidades propias de la edad juvenil.

La juventud es por definición idealista. Se siente movida por impulsos generosos. Admira los actos de los héroes y venera la vida de los santos. Así, cuando, todavía dentro de los límites de su propio tiempo vital, ha de empezar a elegir modos de actuar o de pensar, son los más nobles sentimientos y los más elevados pensamientos los que suelen determinar su orientación y los que empiezan a trazar su sendero. Si la sociedad en que nace es una sociedad de generosos dinamismos, de actitudes levantadas, la juventud no tiene sino que tomar la misma ruta que le señala el ambiente moral y social que la envuelve. De lo contrario, a poco que la juventud empiece a sentir sus matinales inquietudes, se produce en ella una actitud polémica. El medio familiar, o social, dentro del cual nacemos y crecemos, es lo que llama Ortega y Gasset "lo recibido". Una inclinación natural a la novedad, a lo distinto, parece ser lo que denomina el mismo Ortega "lo espontáneo". Y "el espíritu de cada generación -nos dice él mismo-, depende de la ecuación que esos dos ingredientes formen, de la actitud que ante cada uno de ellos adopte la mayoría de sus individuos".

Esa actitud, a su vez, ha de depender de la mayor o menor contradicción que resulte del encuentro de lo espontáneo y de lo recibido. Cuando hay una gran cercanía, un gran balance, entre lo recibido y lo espontáneo, no se produce generalmente una fractura, una cesura profunda, entre una generación y la que le sigue o antecede. Y entonces tenemos aquellas llamadas épocas "cumulativas". Es ésta, también, frase de Ortega. Pero la mayor o menor permanencia o enlace de esas generaciones cumulativas, pueden ser causa de estatismo social (estatismo en el sentido de lo inmóvil).

¿Cuál había sido en Venezuela el desarrollo del proceso generacional hasta 1928? Estudiar tal cuestión en sus pormenores minuciosos sería hacer la historia de nuestro país para un trozo de tiempo que no cabría en los límites de una ocasión como la presente. Mas sí es posible intentar una síntesis -así la más somera y superficial-, no para precisar conclusiones históricas definitivas, sino para objetivar los lineamientos del criterio general que nos sirve de guía.

A partir de la generación de la Independencia y a través de las que le siguen, hasta el término del dominio llamado de la Oligarquía Conservadora, podríamos pensar -salvo observaciones de pormenor, que no alteran la exactitud de la tesis general-, podríamos pensar, repito, que se hubiesen sucedido generaciones formadoras de una época cumulativa. El ideal de independencia -si bien modificado, o reducido, por los hombres de 1830, a los límites de un nacionalismo casi provincial, frente al nacionalismo continental de Bolívar-; ese ideal de independencia se prolonga con plena vitalidad. La organización nacional, entre 1830 y 1848, podríamos decir que no hubiese sido sino una segunda etapa de la Independencia. No basta, en efecto, que un pueblo sea independiente para que constituya una nación. Es necesario que tenga fisonomía nacional verdadera, con el dominio pleno de sí mismo, en todos los aspectos de su extensión territorial, de su vida política, de su actividad económica, de su formación cultural. Y tal fue lo que se propusieron los sectores dominantes que tomaron el país en sus manos a partir de la disolución de Colombia.

A aquellos hombres les tocó la labor de lo que se ha llamado en algún otro de nuestros pueblos americanos, la época de *la organización nacional*. Cumplieron aquella misión dentro de los límites de la posibilidad concreta que significaban las ideas y los recursos de los tiempos. Marcaron la historia que les correspondió vivir con caracteres muy definidos. Su generación, o sus generaciones -si es que hubo más de una generación autónoma entre 1830 y 1848-, fue una de aquellas que ya nos ha descrito Ortega como cumulativas. Sus mayorías pensantes o actuantes se sentían ligadas a la época que había concluido con el remate de la empresa independentista. Organizar, o más bien, reorganizar o reconstruir una sociedad, que había sido duramente golpeada por las guerras de la emancipación y sólo había

sufrido durante aquel proceso transformaciones de un alcance delimitado en lo político, parecía ser su pensamiento fundamental. El orden social tradicional, aparecía, en efecto, todavía vivamente marcado de rasgos coloniales. La normalización administrativa, quebrantada también duramente por el desajuste estatal, que significó la guerra, y el empeño consiguiente, de reinstaurar la jurisdicción de la vida social, de la vida política, de la vida económica, podría ser considerada como las miras esenciales de la orientación y de la actuación de aquella generación meritoria. Sus virtudes, en tales terrenos, son indudables. Muchas veces, a través de la historia posterior de Venezuela, aquella edad de oro de la administración pública, ha sido objeto de romántica recordación y del utópico anhelo de que pudiese volver. Y tales aspiraciones siguen siendo, como legado de aquella generación, una idea-fuerza, de contornos morales, de la cual no deberíamos desprendernos nunca. Ellas constituyen el aporte histórico de aquellos hombres a la formación del espíritu colectivo de nuestro pueblo.

Sin embargo, otras causas, otros fenómenos, otras aspiraciones, que venían ya trabajando el alma nacional, no sólo en aquel momento, sino a lo largo de los tiempos de la Colonia, y a través, asimismo, de los sacudimientos de la guerra de Emancipación, delataban la presencia de soterradas inquietudes populares, que habían de venir a manifestarse pronto, hasta abrir nuevos caminos al dinamismo colectivo, hasta desembocar en nuevas y diferentes coyunturas históricas.

Y es que la generación del año 30, esto es, los hombres que determinan la orientación político-social de la vida venezolana a partir de aquel año, habían recibido (*lo recibido*, de que nos habla Ortega), junto con el legado de la organización nacional de la nueva república, la herencia colonial de un pueblo jerarquizado en formas sociales, que habían empezado ya a dejar de corresponder a la real estructura concreta de aquel mismo pueblo.

Así, al lado de aquellas excelencias administrativas y de aquellas virtudes personales de la clase que gobierna a la República desde 1830, aparecen contradicciones de orden económico y social incipientes, que van a adquirir impulso durante esos mismos años, ayudadas de la presencia de otra suerte de contradicciones, como eran las que hubieron de surgir de la existencia de la clase

militar, heredada también de las guerras de Independencia. Como consecuencia de tales circunstancias, se produce la frustrada y ambigua Revolución llamada de las Reformas.

Por ello, en el seno de aquella comunidad relativamente bien organizada y de contornos jurídicos bien establecidos, pero dentro de lineamientos de poder político minoritario -lo que se ha llamado la Oligarquía Conservadora-, se producía, indudablemente, aquel fenómeno al cual hace alusión Gil Fortoul, cuando apunta cómo sucedió a menudo en la historia que "la evolución social fuese en algunos períodos más rápida bajo la dictadura que durante el funcionamiento regular del Gobierno legítimo".

La República conservadora, con su fisonomía clara y casi tranquila, con sus estamentos formalmente definidos en lo social; con sus estructuras relativamente correctas en lo constitucional; con una administración discretamente impulsada por una voluntad reposada y juiciosa, hubo de ser el laboratorio donde habían de continuar desarrollándose los gérmenes de un proceso encaminado a poner en vigencia el reajuste de situaciones de clase, cuyas contradicciones tenían raíces lejanas, cada vez más profundas y poderosas, alimentadas en la sustancia misma de los conglomerados raciales y económicos pobladores de la nueva Nación.

Las tendencias llamadas del liberalismo y las que habían de ser fraternales, o de confundirse con ellas, bajo mote de federalismo, serían las manifestaciones del fermento social y político que habrían debido conducir al logro de aquellos ideales nuevos, latentes en el seno de la colectividad venezolana. Mas, desgraciadamente, al cabo de la guerra llamada de Cinco Años, mediante la cual se trató de romper la represa que había venido impidiendo el avance de las fuerzas populares, una nueva formación político-social, de sentido contrario, hubo de frustrar los fines aparentes de aquella dolorosa y sangrienta revolución. Tal fue el nacimiento y consolidación de un nuevo caudillismo, que venía a sustituirse al que, como remanente de las guerras de Independencia, había contribuido a quebrantar, a su vez, las aspiraciones democráticas e igualitarias que afloraran en el curso de aquellas gloriosas empresas.

Un rudo militarismo, de aspecto primitivo, de fabulosa cuantía, vino a plantar, en efecto, sus reales, en el seno de la sociedad, a partir del término de la contienda federalista; caudillismo que consagra alternativamente el reinado de la anarquía o de la dictadura. Ni siquiera la influencia del aliento vigoroso de cultura y de desarrollo económico que nos ofrecen ciertos gobiernos, como los de Guzmán Blanco, influidos por un soplo progresista, fueron capaces de instaurar una situación democrática o popular. El militarismo caudillesco -origen de montoneras y de tiranías personales-, yugulaba toda posibilidad de progreso social en el seno de las dispersas muchedumbres. Nuestro país era, entonces, en efecto, no más que el conjunto de unas pocas ciudades, de minoritaria población, sede y dominio inmediato de caudillos y caciques, rodeadas de la dispersa multitud campesina, apta solamente para ser objeto de la explotación económica, política y militar de aquella nueva suerte de señores feudales. El latifundio y la ignorancia de las gentes rurales, favorecían así la aplicación de lo que hubo de llamarse la *ley del cabestro*, en cuya virtud no había otro modo de alcanzar el poder político que la decisión por las armas, en cuyo proceso el prestigio caudillista y las comisiones reclutadoras del Gobierno daban la clave final del solo problema planteado, esto es: de a quién o a quiénes debía corresponder la posesión y la explotación de las masas del pueblo común. Dentro de ese cauce, Venezuela continúa su vida dolorosa, turbulenta y sombría a un mismo tiempo.

Aquella situación se prolonga por más de sesenta años.

Sin embargo, al cabo de ese largo y duro período, nuevos fenómenos han comenzado a producirse, no sólo en el mundo exterior a nuestro país, sino dentro de nuestro propio territorio. En Venezuela, en efecto, cuando apenas el mundo está saliendo de una guerra universal, la de 1914-1918, que la ha sacudido en sus más profundos cimientos, una economía nueva -nacida del hallazgo de la explotación del petróleo-, ha comenzado a florecer, bien que para beneficio, en su más cuantiosa y substancias a parte, de las mismas clases representativas no sólo del caudillismo tradicional y de sus adherencias urbanas, sino también del interés del último de los grandes caudillos.

Con base en la riqueza petrolera, el General Juan Vicente Gómez logra, entre 1908 y 1928, instaurar en Venezuela una cierta especie de paz, que si bien calificada, con graciosa y macabra ironía, de paz de *los cementerios*, tenía una significación social y hasta política más profunda, como que sólo había llegado a ser posible gracias al cambio sufrido por la República en algunos de los más importantes términos de su ecuación económica tradicional.

La abundancia fiscal que produce el aceite mineral, constituye el instrumento de la destrucción, o neutralización del caudillismo militante. El poderío hacendario robustece el brazo armado del caudillo a quien le ha tocado estar allí - en la silla-, en el momento en que hace su aparición aquella riqueza fabulosa. Mediante ella, y mediante ese duro brazo militar, el último "jefe" goza del privilegio de poder reducir a sus competidores a la impotencia, ya arrojándolos del país definitivamente; ya manteniéndolos inmovilizados, gracias al adecuado financiamiento de su policía internacional; ya trayéndolos a su alrededor, al modo de los antiguos reyes poderosos, como a simples cortesanos, alejados de sus primitivas mesnadas.

Es así cómo, a fines de 1927, el General Gómez se exhibe, por lo menos en una acaso muy engañosa apariencia, y "frente a propios y extraños" -según rezaba la fórmula ritual consagrada-, como el fundador de la paz en nuestro país, y con una verosímil posibilidad -como he tenido la ocasión de decir alguna vez-, de meterle *gato por liebre a la historia*.

Era así que la mayoría de los viejos caudillos habían venido plegando, unos después de otros, sus desteñidas banderas. Los personeros morales del esporádico civismo venezolano, casi aniquilados, apenas si podían resollar oscuramente, en la intimidad de la vida privada, y ante la general indiferencia colectiva -que más podía decirse, tal vez, que los ignoraba totalmente y no que les desdeñase-; apenas, digo, si podían resollar en la penumbra con los apagados restos de su vigor original y generoso. En "otros sitios", muy numerosos, por cierto, el aceite negro, con su diabólica virtud de piedra filosofal de nueva invención, había lubricado infinidad de resortes, hasta hacer funcionar la máquina social y política de la Nación con

inconcebible facilidad, a favor del orden -si es que pudiera llamársele así-, del régimen establecido.

Mas he aquí que un grupo de jóvenes universitarios vino a malograr al tirano el sonriente y pintoresco membrete que la memoria social, cansada u olvidadiza, había comenzado a permitir que le colgaran, como del busto heroico o venerable, en la galería de los personajes históricos venezolanos.

Aquel grupo juvenil llegaba a la frágil palestra de nuestra historia social movido por tendencias que, si bien se diseñaron apenas vagamente en los primeros momentos, parece como que estaban llamadas a hacerse cada vez más definidas y vigorosas, hasta poder calificarse, a la larga, de portadoras de *la nueva sensibilidad vital*, que ya hemos nombrado, tomándola de labios de Ortega y Gasset.

Sí; yo creo que podemos decido, pese a que ello pudiera ser en mí una objetable señal de vanidad, por la parte mínima que hubiese de atribuirme el hecho de haber pertenecido a ella. Sí; yo creo que podemos afirmado, casi enfáticamente. Una nueva sensibilidad vital, y con ella, una generación nueva, había aparecido en el escenario de la historia de nuestro país.

Yo creo -y lo digo como algo que emana en mí de una evidencia íntima, fundada en la experiencia personal-, yo creo que nuestra generación llegó marcada por un signo nuevo, que hubo de manifestarse en dos planos fundamentales, a la vez que inseparables, tales son a saber: el de la preocupación político-social y el de la inquietud literaria.

La política y la literatura no son, en efecto, en sus facetas esenciales, sino dos aspectos -el concreto y el ideal-, de la angustia por las cosas que atañen al destino superior de la sociedad y del hombre. Y precisamente, una de las primeras observaciones que hubimos de hacemos, cuando empezamos a tener conciencia de nosotros mismos y del medio en que habíamos empezado a crecer, fue la de un evidente divorcio -de parte de la *élite* intelectual-, entre el pensamiento del individuo y su actuación en la doble vertiente de la gestión pública y de la actitud ciudadana.

Se nos dirá que sea ese despertar crítico condición común de la juventud, en todos los tiempos, y ello es una gran verdad, si se la reduce a la simple afirmación de cómo haya sido siempre idealista el hombre joven, a la vez que crítico de la sociedad en cuyo seno ha debido tomar sus primeras posturas ciudadanas. Pero esa misma verdad deja de serlo cuando sólo se la muestra para establecer sobre ella, y sobre lo efímero de su habitual existencia, un corolario de escepticismo o de pesimismo sistemáticos.

Sucede a veces que hay generaciones en quienes la actitud de rebeldía crítica, al hacerse modalidad permanente, a través del crecer de los años, desemboca, no en el estancamiento que es suerte común de otras generaciones, sino en un torrente de entusiasmo activo, y de constancia polémica, que se traducen en lucha tregua y en perseverancia final. Creo sinceramente que esa condición ha sido timbre distintivo de nuestra generación.

Niéguese, si se quiere, que sea ello mérito individual de los componentes de esas generaciones de avanzada, o de ellas mismas en su conjunto, y atribúyase a las puras nuevas circunstancias dentro de las cuales les ha tocado vivir y desarrollarse. Tal vez haya sido ése el caso nuestro. Con tal admisión se me tranquiliza el espíritu, temeroso del reproche de vanidad o enfatuamiento generacional o personal, pero se me abre, a la vez, el camino para expresar con franqueza por qué pensamos que sí fuese la nuestra una generación diferente.

Era el mundo, seguramente, el que venía a arrastrarnos en un curso nuevo. Que ese mundo hubiese empezado a transformarse profunda y extensamente, a través de la primera década que sigue a la Guerra Mundial de 1914-1918, como consecuencia de esa tragedia guerrera, es un hecho que nadie soñaría en poner en duda. Que el soplo que se levantaba de las ruinas de aquella sombría y sangrienta ocasión universal, hubiese de alcanzar muy pronto planos de influencia cada vez más intensa y más ancha, es cosa que tampoco podría ser negada.

Mas resulta también indubitable que no todas las sociedades, ni aun la mayor parte de los individuos que las componen, suelen responder con igual sensibilidad positiva, con igual presteza, con igual disposición asimilatoria, al estímulo

transformador que les llega, en un momento dado, de más allá de sus propias fronteras.

Ese viento nuevo, que venía soplando del mundo exterior, no hubo de golpear en nuestro caso, a puertas sordas. Y fue así cómo, en la literatura, en la política, en el enfoque de la historia nacional, en la consideración de los modos de relación familiar, una modalidad nueva había apuntado en aquella recién llegada generación.

Yo mismo, en algún ensayo informe -*Memoria y Cuento de la Generación del 28-*, he intentado delinear aquella novedad social e individual de cuya carga nos sentíamos portadores. Mas, si no es ésta la oportunidad para intentarlo de nuevo, sí me es dado tratar de objetivar alguna incidencia capaz de aclarar alguno de sus más destacados relieves. Sea tal el aspecto político de las actitudes e iniciativas de los hombres que, con mayor o menor exactitud, pudiera decirse hayan representado más característicamente a la generación en referencia.

A la Semana del Estudiante, en febrero de 1928, con sus manifestaciones masivas y las represiones consiguientes; al golpe militar del 7 de abril, en cuya frustrada realización toma parte, copiosamente, la Federación de Estudiantes; a las tentativas bélicas que encabezan desde el extranjero algunos caudillos y en las cuales se encuentran presentes los medios universitarios, hasta derramar su sangre o perder su libertad, en Coro, en Cumaná, en El Tocuyo, en Guanare, en Córdoba, llenando las cárceles o tomando el camino del exilio; a todos esos sucesos, a cuya génesis, sea cual fuere la heterogeneidad de elementos que tomaron parte en ellos, no puede menos de señalársele como raíz inmediata el nuevo espíritu puesto en vigencia por las iniciativas juveniles; a esos sucesos, debió seguir la reestabilización, por seis años más, del régimen tiránico de Gómez, al que sólo vino a poner término la muerte del Dictador.

Mas aquella estabilización renacida, se produjo ya dentro de una situación espiritual y social sin duda diferente de la de cualquier otro período anterior de las luchas venezolanas por la libertad política. La acción de los caudillos, de cuya virtualidad el país estaba desde hacía años profundamente desentendido y desencantado, sólo pudo tener su nueva y última ocasión porque el movimiento

estudiantil había logrado infundirle un aliento y un contenido nuevos, al cual respondió el país con ánimos y esperanzas asimismo renovados.

La primera consecuencia -permítaseme repetirlo- de la nueva faz que presentan los hechos políticos de Venezuela a raíz de febrero de 1928, fue la de que ya la Dictadura gomecista no lograría, ni siquiera temporalmente, a partir de aquellos sucesos, recuperar ni siquiera una sombra de crédito en el ánimo de las mayorías venezolanas. En efecto, he aquí lo que escribía hace unos meses el mismo que habla, al recordar aquellos hechos: "Entre 1925 y 1927, gracias a circunstancias de orden financiero, que favorecen la continuidad pacífica del inamovible régimen de Gómez, este tirano parecería haber logrado cierta porción de asentimiento público, que no es, sin embargo, en el fondo, más que pura y simple resignación ante aquella misma fatalidad, o ante lo que semejava tal fatalidad. Gómez vacía en 1926 casi totalmente sus cárceles. Regresan al país muchos de los desterrados políticos. Algunos, inclusive, se incorporan a funciones públicas. Una apariencia de progreso, o si se quiere, algún progreso relativo, conjugado con la bonanza económica general, alivian las presiones políticas y sociales que significa aquel régimen de arbitrariedad y de corrupción. Casi podría decirse cómo hacia 1927, casi nadie, no digo piensa, casi ni siquiera sueña con que aquel estado de cosas pueda llegar a su fin. La riqueza minera, en manos de Gómez, había ablandado infinitas conciencias y voluntades. El espíritu de lucha, el anhelo de libertad, la dignidad misma de infinitos hombres, habían sufrido inmenso colapso".

"Sin embargo, lo inesperado se presenta en 1928. Lo que no es sino manifestación de juvenil inquietud, de natural desasosiego estudiantil, de confusa aspiración soterrada, va a convertirse en el punto de partida de un nuevo estado de espíritu nacional. Ese es el significado del año 1928, en efecto, con su Semana del Estudiante en febrero; con su prisión, el propio mes, de varios centenares de muchachos en Caracas y Puerto Cabello; con la nueva prisión de estudiantes en octubre, y su traslado a Las Colonias, Palenque y El Sombrero. Desde aquel momento, ya se sabe que el régimen no será juzgado sino como lo que realmente fue: un sistema de terror, de explotación, de arbitrariedad, de corrupción. Ya Gómez no podrá meterle gato por liebre al juicio de la historia."

Así, en las nuevas parvadas universitarias, en los medios obreros de las ciudades en trance de crecimiento y de industrialización; así, en los campos petroleros y aun en remotos sectores campesinos, si bien estos últimos apenas en punto de soñoliento despertar; así, de uno a otro extremo de Venezuela, nuevas corrientes, si se quiere nebulosas y dispersas; nuevas tendencias de pensamiento político-social, habían empezado a sembrar inquietudes y esperanzas; a despertar propósitos y ensayos de organización; y sobre todo, a hacer pensar en términos sin duda distintos de los que habían antes movido, a través de las luchas pasadas, la mente de las más vastas clases de la población nacional.

La causa de aquella transformación no es difícil de describir. En la cárcel, en las carreteras, adonde van las gentes rebeldes a purgar sus delitos contra la tiranía; en el destierro, adonde van a parar, ya no sólo -como antaño-, los destacados caudillos, únicos responsables personales de la acción colectiva; allí, en todos aquellos sitios, se ponen en contacto directo las jóvenes mentes estudiantiles, con los hombres de las clases medias y con las masas trabajadoras, alumbradas, ya también, de un sentimiento nuevo de sus derechos y de sus posibilidades. Allí, en todos aquellos refugios de la libertad, van a ponerse en relación los libros -instrumentos del pensamiento-, con las palas, y las azadas, y las máquinas, instrumentos de la creación de la recién nacida y acrecentada riqueza, en un país en proceso de rápida metamorfosis social y económica. A todas esas causas se unía, naturalmente, el movimiento general del mundo, cuyas extensas y profundas transformaciones se hacían visibles para los ojos más ciegos.

Mas he aquí la muerte de Gómez, el 17 de diciembre de 1935, y contra ella, la incidencia que dije, que habría de poner en evidencia cómo sí estábamos frente a una generación nueva; cómo sí, había en ella, así en lo ideológico como en lo práctico, elementos que venían a discordar profunda y violentamente con la estructura de las generaciones anteriores, herederas inmediatas del control político, que sólo se le cayó a Gómez de las manos gracias a su tardía muerte; beneficiarias, repito, del patrimonio que no habían sabido, o querido, o podido, rescatar, por propio esfuerzo, de las duras manos del Dictador.

La generación dispersa en el destierro; o recién salida de las cárceles; o que había permanecido en el silencio sombrío del apartamiento doloroso, durante aquellos seis años de auto-prorrogação del poder gomecista, se presenta, pues, en los estrados nacionales, en los primeros días de 1936, con una fisonomía singular; con un programa, con una técnica, con una sensibilidad, radicalmente diferentes de las que eran rasgos normales de los hombres que reciben al borde de la tumba de Gómez la responsabilidad de levantar de su quebranto de veintisiete años, la desvencijada armadura de la vida venezolana.

En los primeros días de su regreso, o si se quiere, más bien, de su primer ingreso a la actividad pública nacional, se les recibe como a "los muchachos", como a los héroes juveniles de una gesta romántica; como a los portadores -tal vez- de algún mensaje, pero cuyo mensaje es una incógnita para los herederos del de *cujus*; sí del de *cujus*, que es la denominación graciosamente socarrona, con que se designa, por aquellos días, al recién fallecido tirano. Sí; se les recibe, de primer momento, y casi se les agasaja, como a "los muchachos" que vuelven, después de años duros y largos de peregrinaciones y sufrimientos. Pero la imbricación de las generaciones de que he hablado en otra parte, no logra realizarse en aquella oportunidad. La generación del 28, llegada al debate público en 1936, no encuentra acogida, a menos de negarse a sí misma, para el encaje plausible, o posible, con la generación o generaciones anteriores. La generación del 28, en cuanto se refiere a los hombres que específicamente la representan, en sus rasgos diferenciales, en sus características propias, no ha de permanecer entonces muy largo tiempo en los campos de la actividad legalmente reconocida.

Es así que en los primerísimos días de 1936, cuando apenas han tenido lugar algunas manifestaciones públicas de los recién llegados, ya aflora el pensamiento de que hay que deshacerse de aquella juventud, a quien se mira como descarriada y turbulenta. Sus primeros mítines y sus primeras incursiones en las columnas de la prensa política, así como el impulso que recibe la sindicalización de las clases obreras, hacen que recorra una fría sensación los nervios de quienes tienen en aquellos momentos las riendas del Estado. Y es por ello por lo que, en los días iniciales de Febrero, y mientras se prepara el camino para que se abran de nuevo

los del destierro para la "juventud turbulenta", una circular gubernativa intenta establecer la censura de prensa. Aquel acto provoca la reacción popular, que trae a su vez episodios sangrientos. Como balance provisional de la lucha entablada entre la sensibilidad social y política que la generación del 28 representa, y la tradicional de los hombres que detentan la cosa pública, en aquellos instantes, sólo se logra una efímera tregua. La incompatibilidad de aquellas dos corrientes ha de manifestarse durante los años 36, 37, hasta el 41, con pocas alternativas. Aún años después, la coordinación, la imbricación de las generaciones venezolanas, que están al mismo tiempo en la liza política, no llega a producirse en forma que ello signifique la posibilidad de un entendimiento pacífico. Así, cuando apenas, el año 1945, se diseña, siquiera con cierta vaguedad o indeterminación, semejante posibilidad, un empuje de signo diferente, caracterizado por la hibridez de sus contornos, precipita soluciones que no han de dejar, tampoco, campo propicio para un enlace adecuado de las generaciones en presencia. Es cierto, además, que entonces, en aquel momento, la generación del 28 toma la delantera en la lucha por la posibilidad de orientar a la República conforme a sus propias concepciones, de acuerdo con su propia sensibilidad. Pero no es menos verdad que lo hace ya bruscamente escindida, no propiamente en el aspecto de esa misma sensibilidad cívica y social, que le es común a la mayoría de sus diversos sectores, sino sobre el terreno de los mecanismos del acceso al poder político. En aquella brusca escisión podría descubrirse mucha parte de las causas que originaron, finalmente, el no menos brusco retroceso que hubo de significar, para la Nación venezolana en su conjunto, la violenta regresión de la década rematada en Enero de 1958.

Pero he aquí que al término de esa misma década había de evidenciarse el curioso fenómeno, que hemos ya señalado anteriormente, con palabras de Gil Fortoul, es decir: "cómo la evolución social -yo diría también la evolución política- fuese más rápida bajo la dictadura que bajo el funcionamiento regular del gobierno legítimo", No es ello nada, por cierto, en abono de los regímenes, porque bajo su dura vigencia la tensión de los anhelos sociales llega a su máximo, precisamente por causa de la compresión espiritual, y lo repito, hasta de la compresión física, que produce la supresión de la libertad y de las garantías individuales y colectivas.

Los duros impactos de la dictadura que acogotó al país entre 1948 y 1958, hubieron de tener la virtud, acaso para muchos insospechada, de acrisolar y de homogeneizar el pensamiento político de los sectores más responsables, hasta el término de que hubiese podido ponerse de manifiesto, con plena evidencia, la necesidad de jerarquizar los valores en presencia, a objeto de darle a cada uno de ellos la prioridad que le corresponde, según la precisa y preciosa escala de sus urgencias y de sus excelencias respectivas.

Es así como hubimos de llegar a la conclusión de que existe, en el catálogo de los valores esenciales que fundamentan la corrección y la estabilidad de la vida social, una categoría que ha de prevalecer por sobre todas las otras, como que en su conjunto se asienta, justamente, la posibilidad de que todas las demás puedan vivir y perdurar. Tales son aquellos valores que bien caracterizó un venezolano eminente, cuando los sintetizó en lo que él llamara la *libertad responsable*. ¡La libertad responsable! He aquí una expresión, de aparente sencillez, pero que encierra, en su tramada y fina complejidad verdadera, la más sólida cuerda con que han de ser atadas, como en una sola, todas las más altas y más nobles, a la vez que las más necesarias virtudes de un pueblo, para que éste pueda ostentar con dignidad, con seguridad, y con brillo, la denominación de República.

¡La libertad responsable! Tal es, pues, ahora, un valor, acerca del cual es necesario que continúen de acuerdo no sólo las individualidades, sino las generaciones a quienes toca realizar el acoplamiento de los tiempos históricos, que no son otra cosa que los momentos cotidianos de la vida social, enlazados -en un conjunto permanente, continuado y armónico.

Y no hablamos, por cierto, de algo que pudiera titularse de utopía. Ya otra vez se realizó antes, en Venezuela, un proceso semejante, mediante el cual generaciones contemporáneas llevaron a término esa imbricación, ese ensamblaje, de que he hablado, en cuya virtud un pensamiento común, de la mayor y más pura esencia ciudadana y humana, realizó el milagro de agrupar en magnífica empresa unitaria, los esfuerzos, las voluntades, los sacrificios, los heroísmos, de esas generaciones, ciertamente diferentes, y aun contradictorias en algunos de sus

modos de sensibilidad, siendo así que cada una de ellas tenía no sólo intereses, sino también rango tradicional, educación, ideología filosófica y política distintos.

¡Admirable espectáculo, el de los días de la Guerra de Independencia! ¡Qué combinación y mezcla de edades, de modos distintos de pensar y sentir acerca de tantas cosas; qué multiplicidad de intereses, encontrados entre sí muchos de ellos; qué mosaico de posiciones diferentes; qué variedad en la unidad, la que se despliega, en fin, en nuestro país, entre 1810 y 1821, entre el 19 de Abril, cuando nace Colombia -según la expresión de Bolívar-, y el 21 de julio, once años después, cuando se sella en el campo final de la guerra el proceso de emancipación!

Y cómo se subordinan entonces, al más alto pensamiento -el de la independencia nacional, el de la creación de la patria libre-, todos los otros intereses, muchos de ellos acaso desigualmente legítimos; muchos de ellos seguramente razonables; muchos de ellos que significaban, tal vez, posiciones históricamente adquiridas, susceptibles, por tanto, de ser defendidas, si no en su integridad, sí en todo caso dignos de ser planteados, para que se les redujese a la dimensión o a la delimitación social que pudiera corresponderles justamente.

Nada mejor para objetivar aquel magnífico acoplamiento de generaciones disímiles que el examen, así sea somero, de las categorías sociales y de las edades individuales a que pertenecían los hombres que hicieron la Independencia. Causa, en efecto, emoción, a la vez que asombro, ver cómo se codean, en el consejo, en el campo de batalla, en la vida común, hombres de tan diferentes extracciones y de tan diferentes edades. Allí están desde los hombres que no hace mucho formaban parte del Ilustre Ayuntamiento de Caracas, asiento de la más rancia oligarquía colonial; los mismos que habían autorizado en 1796 el singularísimo documento a que dio ocasión la famosa Cédula de Gracias al Sacar, hasta muchos de aquellos mismos de "inferior clase social" -la clase de los pardos-, contra quienes había obrado la reacción engrifada de aquélla, menos de veinte años antes, implacable nobleza caraqueña!

¡Cuán admirable y edificante se nos muestra aquella extraordinaria armonía de generaciones! ¡Cómo nos conmueve la actitud de un Cristóbal Mendoza, el patricio trujillano, mayor en muchos años, y sin embargo lleno de reverencia y acatamiento,

ante la figura arrebatada, apasionada del joven Bolívar! ¡Hasta le vemos un día, junto con otro prócer de muchas canas sobre la pensadora frente -Francisco Javier Yanes-, empeñados los dos en convertirse, por así decirlo, en los tesoreros de la grandeza presente, para la fama futura, del joven héroe, cuando emprenden la labor de trazar el primer cañamazo para los *Documentos de la Vida Pública del Libertador!* ¡Y qué pensar, cuando vemos a Miguel José Sanz, tutor del niño Simón Bolívar, tantos años antes, Sanz, de quien pudo decir Humboldt que valía la pena "de hacer un viaje a Tierra Firme, para conocerle y tratarle", cuando le vemos seguir al antiguo pupilo en derrota, en aquella trágica y heroica emigración a Oriente, tan criticada, como hecho de locura, por José Domingo Díaz!

Pero éstos no son más que ejemplos singulares entre miles. No otra cosa expresaba aquel hecho que el proceso mismo de que venimos hablando, de la imbricación de las generaciones, cuando una idea superior se sobrepone a todos los intereses menudos, impartiendo al movimiento general de la sociedad el ritmo de unidad que bien podemos señalar como el signo distintivo de las grandes épocas de los pueblos.

Frente a aquella actitud de esos hombres maduros, ante el joven exaltado, pero que representa la idea-fuerza que guía y mueve a la sociedad venezolana, en aquellos días decisivos, ¡cuán pequeñas, cuán ridículas, las imputaciones de locura juvenil, con que le insulta la pluma del autor de *La Rebelión de Caracas!*

¡Y cómo olvidar, en Ayacucho, la visión de aquel joven general venezolano, de allí a poco Mariscal, rodeado no sólo por el puñado de generales colombianos, de increíble juventud -Córdoba, Carvajal, Pedro León Torres-, sino también de otros muchos, mucho más viejos, entre los nuestros, y de otros, como los Generales del Perú, que casi le doblaban la edad a la mozalbetería que había subido desde Venezuela y de la Nueva Granada!

¡Ah! ¡Si todos los hombres viejos pudiésemos mirar a los hombres jóvenes de ahora con la misma serena tranquilidad, con la misma profunda comprensión, con la misma abnegada voluntad de colaboración, con que los hombres maduros de aquella época fecunda miraron, y ayudaron, e inclusive, en el fondo, guiaron, a los hombres jóvenes de entonces!

Es costumbre objetar, cuando estas cosas se dicen, porque ellas no son ninguna novedad, ahora, cuando las estoy diciendo yo; es costumbre decir, repito, que aquellos eran otros tiempos y otros hombres; que se trataba entonces de la Independencia, y que Bolívar, y Sucre, y los demás, eran hombres excepcionales, y que no se pueden hacer comparaciones, sin peligro gravísimo de caer en los terrenos del sacrilegio.

Pues para mí que estamos muy equivocados cuando tal cosa decimos. Tan importante, tan fundamental, tan necesario, es construir hoy, en Venezuela, una República verdadera, como lo fue entonces libertar del dominio ultramarino la tierra que había de ser sustentáculo de esa misma República. Y cada una de las cosas, de los elementos, de los pasos, indispensables para que esa República genuina tome al fin figura concreta en nuestra realidad cotidiana; cada uno de esos factores, tienen la misma importancia que tenían sus similares cuando se planteaban, hace ya ciento cincuenta años, en todos los campos de la actividad personal y colectiva de aquellos días, que hoy nos parecen tan remotos, y hasta casi mitológicos.

Sólo que la lejanía de la historia, si no ponemos atención a ello, es a menudo susceptible de deformar, aumentando o disminuyendo en extremo grado, nuestra visión dimensional de los tiempos pasados.

Esa visión, equivocada, a mi juicio, de aquellas épocas y de aquellos hombres, me parece ser, entre otras, causa de ilusiones innecesarias, y, lo que es más grave, causa de que la historia misma, además de convertirse en una suerte de pura leyenda heroica, haya fallado, a menudo, en la función que le atribuía Cicerón, de enseñarnos a vivir nuestras propias vidas, así en el plano de lo personal como en lo de lo colectivo.

Pero hay algo más grave aún, como consecuencia de ese concepto erróneo sobre la realidad de la historia, y es ello, a mi juicio, la manera cómo tal concepto ha contribuido entre nosotros a trastornar la continuidad y la normalidad del proceso social, raíz y sustancia del proceso histórico. La falta de percatarse de cómo las generaciones han de integrarse entre sí, no como férreos anillos de una misma cadena de servidumbre, sino como escalones en un proceso progresivo de

liberación y de ascenso, es causa de que las generaciones se enfrenten las unas a las otras, no por la sola razón diferencial, que lógicamente han de tener, y que es siempre susceptible de ser superada, sino como enemigos irreconciliables, llamados a destruirse mutuamente en reacciones retrógradas o revoluciones sangrientas.

La concepción de que aquellas generaciones fueron generaciones extraordinarias, casi sobrenaturales, y de que las empresas que ellas asumían, lo eran de la misma especie, y de que lo que ahora podemos pensar en propósitos de esa misma dimensión y estilo, nos pone a transitar por los caminos de la utopía; esa concepción, tiende a romper la continuidad histórica, reduciendo nuestras generaciones, o bien a la lucha encarnizada y perenne entre viejos y jóvenes, o si se quiere, entre antiguos y modernos; o ya al estancamiento aparentemente tranquilo; o ya a rutinas tradicionales, ilusoriamente seguras, pero tan peligrosas como que es en el seno de la fría modorra social donde se engendran los grandes y dolorosos sacudimientos de la desatada violencia colectiva.

La función de las generaciones mayores no es la de represar el dinamismo de la historia, sino la de canalizado, la de limpiar su cauce natural de esos obstáculos parasitarios, que significan la intransigencia irreflexiva, el miedo enfermizo; y más que todo, es su función, la de apartar aquellos intereses de dudosa legitimidad, cuya sola razón de existir no suele ser sino la de que ya están allí, detentando posiciones, que no les habría sido dado ocupar nunca si no se lo hubiesen permitido circunstancias viciosas de un pasado más o menos cercano.

Yo creo que es necesario echar las bases de un acercamiento más efectivo y más constante entre los sectores maduros y los sectores jóvenes de toda sociedad que se preocupe, no sólo por su situación de hoy sino también por su destino de mañana y de pasado mañana. Y creo que es a las instituciones en cuyo seno culmina el proceso intelectual a las que más estrechamente toca la responsabilidad de propiciar ese acercamiento. Hasta ahora, en efecto -necesario es decirlo-, los Institutos de alta cultura de nuestro país, y a pesar de que se les designe como Institutos de extensión universitaria -y así se reconozca, como se debe, los méritos que los adornan, por su propia labor específica-, esos Institutos, han vivido una vida recoleta, apartada de los centros de fermentación juvenil, y como si por su

propia naturaleza pertenecieran, unos y otros, a órbitas de actividades diferentes y hasta adversas. Apenas si suelen comunicarse por los canales intermitentes o esporádicos que tiende entre ellos la incorporación necesaria a las Academias de personas procedentes de los ámbitos de formación profesional o científica.

Esa misma observación me induce a pensar si no radicará en ese fenómeno la causa de que nuestros Institutos de alta cultura académica hayan presentado alguna vez, en su historia -y no quiero referirme, hoy, sino a tiempos un tanto alejados de nosotros-, una suerte de anemiación progresiva, a la cual sólo hubiesen podido sobrevivir gracias a la acción personal de individualidades constantes y abnegadas, que han mantenido sus banderas en alto, pero que no habrían podido nunca -y no por culpa propia-, dar a sus respectivas corporaciones aquella vitalidad poderosa que les sería indispensable para llenar a cabalidad el cometido que la sociedad les reclama.

Dejadme recordar un hecho, que ya es suceso de pura historia, pues que hace ya luengos años que tuvo lugar, y que escapa, por consiguiente, a la crítica de cosas actuales; dejadme recordar un hecho que puede objetivar con claridad meridiana ese fenómeno a que me he referido, y que tantos peligros encierra para el destino de muchas cosas que interesan vitalmente al devenir de nuestra sociedad actual.

Hace cuarenta y dos años, el día 1° de julio de 1918, la *Gaceta Oficial de los Estados Unidos de Venezuela*, promulgaba una Resolución del Ministerio de Instrucción Pública del más singular y extraño texto. Decía como sigue:

RESUELTO:

"Enterado el ciudadano Presidente Provisional de la República de que la Academia Nacional de la Historia funciona sólo con nueve de sus Individuos de Número y de que se encuentra privada de la cooperación de doce miembros cuya incorporación no ha podido efectuarse en el lapso reglamentario por motivos enteramente independientes de su voluntad, lo que dificulta el desempeño de las tareas encomendadas al Instituto, dispone que se consideren definitivamente incorporados a dicho Cuerpo, para obviar los inconvenientes de que se trata, los candidatos hasta la fecha electos por la Academia."

"Los referidos candidatos consignarán en la Secretaría de la Academia, tan pronto como les sea posible, su trabajo de Incorporación."

Esto era, repito, en 1918. De la lista de aquellos doce ciudadanos venezolanos - fueron en realidad eminentísimos, y algunos de ellos por más de un concepto-, el primero, un abogado, había sido electo en 1897; el segundo, un general, en 1898; el tercero, otro jurista, en 1904; el cuarto, un poeta, en 1904; el quinto, otro jurisconsulto, en 1908; el sexto, un magnífico historiador, en 1912; el séptimo, historiador y abogado, también en 1912; el octavo, un sociólogo, aquel mismo año; el noveno, un bibliógrafo, en 1914; el décimo, de nuevo un abogado, en 1915; el undécimo, abogado también, en 1916; finalmente, un historiador brillante, en 1917.

Huelga decir cómo aquellos ciudadanos distinguidos -en su mayoría-, habían prestado servicios por demás destacados a la causa de la historia y de las letras venezolanas, y continuaron prestándolos a lo largo de sus meritorias existencias. Pero no huelga en nada decir que en aquella oportunidad hubo de serles aplicado algo que yo me atrevería a llamar la ley de reclutamiento forzoso, para que, ya electos, como habían sido, se incorporaran -así lo dejaba entender la Resolución ministerial-, a las raleadas filas de la Institución académica.

Yo no sugiero, señores, que se ponga en vigor, para emergencias similares, una Ley semejante. Nuestra Institución académica y los centros universitarios, que son, a mi juicio, los manantiales más vigorosos y más puros, de donde debe venir el agua fresca a renovar y engrosar el caudal tranquilo y luminoso, deben tener una comunicación sencilla y permanente, que cree la posibilidad del abastecimiento continuo, selectivo, oportuno y fecundo.

Con ello quiero decir -y no tengáis por excesiva audacia que quiera expresar la integridad de mi pensamiento, pues ello es más que todo un homenaje a vuestra comprensión-; con ello quiero decir cómo me parece que la Institución académica, en general, está abocada, por la fuerza misma de las cosas y de los tiempos, a sufrir una transformación saludable, en diversos aspectos de su misión, de su estructura, de su organización y de su funcionamiento.

La Academia Nacional de la Historia, en realidad, ha desempeñado, con brillo, que suele ser nacional e internacionalmente reconocido, dos funciones fundamentales: La del estudio intensivo de nuestro proceso de Independencia y la de divulgar el conocimiento de la documentación, de las conclusiones, de la verdad misma -podemos decirlo con orgullo-, respecto de aquel período trascendental de nuestra formación nacional. En el campo de la historia colonial, y sin que olvide, ni mucho menos desdeñe -¡no faltaría más!-, la obra excelente de algunos de sus más notables miembros, podríamos decir que la labor de la Institución se ha circunscrito, principalmente, a la constitución meritísima de ciertos y valiosos fondos documentales. Con respecto a la historia de nuestra vida republicana, y más aún, a nuestra más reciente historia, me da la impresión de que sea ésa una labor que no admite ya más dilaciones.

Esa última etapa de nuestro acontecer es la que está más directa y vitalmente vinculada a nuestro vivir contemporáneo, y reviste, por tanto, una importancia capital para nosotros en la función activa de construir el presente y el futuro de la historia nacional. A mi entender, a ella deben serle dedicadas una atención y una labor cada vez más urgentes.

Dentro de la complejidad de la vida moderna, a la cual nuestro país se ha incorporado, en ciertos aspectos, del modo más violento y sorpresivo, el trabajo se distingue por el carácter cada vez más convenientemente colectivo, y la labor aislada, puramente individual, corre el riesgo de atascarse estérilmente, en medio de esfuerzos, meritorios, sin duda, y siempre necesarios para la etapa final de la elaboración del pensamiento, pero cuyo rendimiento pudiera no ser tan cuantioso como sería menester.

Por esa razón, y para que se puedan poner en práctica los medios modernos y técnicos de labor en equipo, es por lo que considero que ha de procederse a plantear esa transformación de la organización académica. Mas no es éste el momento para que me atreva yo a pormenorizar los que pudieran ser medios adecuados a semejante finalidad. La ocasión ha de presentarse de hoy en adelante, en el seno de la eminente corporación que me honra con recibirme, y si algún recurso está a mi alcance para poner de relieve la gratitud profunda que me domina,

no otro encuentro, más propio, que la promesa de dedicar a ese empeño lo mejor que pueda haber en mi flaca voluntad y cortas fuerzas.

Lo que sí es oportuno es que piense ya en dar fin a esta larga disertación. Por ello no dejarán de quedarme, al fin, agradecidos, mis generosos oyentes, si bien yo me sienta un poco despechado frente al espíritu de concisión y de brevedad -decir mucho con pocas palabras, y decir sólo lo más importante- despechado, digo, porque ese espíritu, que con tanta admiración describí en la figura del Dr. Mendoza, no haya escuchado más prontamente la invocación que le he venido haciendo de continuo. Y para terminar al fin, permítaseme hacer un recuerdo que acaso pueda compendiar por la vía del símbolo, el pensamiento esencial que me ha guiado a lo largo de este camino inacabable.

Este recinto colonial, y este Paraninfo casi medieval, no fueron siempre Palacio de las Academias. Hasta no hace muchos años estuvo aquí la Universidad Central de Venezuela. Cuando esa ilustre y dinámica Institución cambió sus cuarteles a lugares más anchos, más modernos, más cónsonos con el crecimiento de su población y con el rejuvenecimiento de sus métodos; y cuando nos legó, con su mudanza, el precioso privilegio de habitar este sitio llenó de recuerdos venerables y perfumado de esencias antiguas, no quiso, ciertamente, legarnos, con ello, las características funcionales de una edad perimida. Yo creo que deberíamos interpretar tan noble herencia como una invitación esperanzada a que tomemos a nuestro cargo la misión de representar, con un espíritu altamente moderno, aquí, en el centro mismo de la ciudad que crece y se transforma, los más altos niveles del desarrollo de la vida intelectual y moral de la Nación, que se expande y se transforma, también, al ritmo extraordinario que todos vivimos y sentimos.

Tengo fe profunda y sincera en que no está lejana la época en que podamos hacerlo. En estos mismos meses se cumplen ciento cincuenta años de aquellas ocasiones magníficas -el 19 de Abril de 1810 y el 5 de Julio de 1811, en que nuestra naciente Republica dio los indicios iniciales de lo que estaba llamada a ser en el terreno de la libertad. Vivimos por otra parte, este año, el primero de una constitucionalidad renacida, llena de augurios, que iluminan nuestra esperanza, si

bien que llenos, también, de dificultades, que no han -de tener otro efecto que el de acerar y acrecentar nuestra voluntad.

Todo ello se conjuga para llevamos a meditar con sereno optimismo. Esta misma Academia acaba de realizar, con extraordinario brillo, un programa de publicaciones contentivas de innúmeros documentos fundamentales, relacionados con la celebración de aquellas gloriosas efemérides. Sean esos documentos, así rejuvenecidos, como un nuevo punto de partida, para que, de la misma manera, remozados nuestros espíritus, caminemos muy pronto a la realización de esos proyectos, que me he permitido sugerir, y que no son, seguramente, sino los mismos que están en el corazón y en la inteligencia de todos cuantos me escuchan.

He dicho.

Curriculum vitae del Doctor Joaquín Gabaldón Márquez

Nació en Boconó (Trujillo), el 10 de mayo de 1906

I.- Estudios:

Colegio La Salle, Barquisimeto (1919-1921); Colegio Federal, Trujillo (1922-1924).

Universidad Central: Grado de Doctor en Ciencias Políticas (1936). Sus estudios universitarios estuvieron suspendidos entre 1928 y 1935, por prisión (1929-1931) y confinamiento político (Hacienda Santo Cristo, 1931-1935).

II.- Cargos desempeñados:

1936-1939: Cónsul General de Venezuela en Burdeos (Francia).

1940-1941: Secretario de Legación y Encargado de Negocios en Buenos Aires (Rep. Argentina).

1943-1945: Diputado al Congreso Nacional por el Estado Trujillo.

1951-1958: Presidente de la Junta y del Tribunal de Apelaciones del Impuesto sobre la Renta.

1958-1960: Vocal de la Corte Federal.

III.- Otras funciones:

Secretario de la Comisión de Bienes Sujetos a Intervención (1943-1945); Miembro de la Comisión Indigenista Nacional (1949-1960). Miembro del Comité de Orígenes de la Emancipación (Instituto Panamericano de Historia) (1946-1960). Miembro de la Comisión Conmemorativa y de Estudio del Régimen Federal en Venezuela (1960).

IV.- Profesorado universitario:

Facultad de Derecho: Profesor de Economía Política (1943-1945, 1948-1951). Facultad de Economía: Profesor de Seminario de Historia de la Economía Venezolana (1949-1951).
Facultad de Humanidades: Profesor de Historia de Venezuela (Período Hispánico 1955-1960). Profesor de Seminario de Historia (1957-1960). Instituto Pedagógico: Profesor de Historia de América (1950-1952).

V.- Periodismo:

(Columnista regular): *El Tiempo*, Caracas, 1944-1945.
El Nacional, Caracas, 1945-1956.
Panorama, Maracaibo, 1950-1952, 1955, 1956, 1957, 1958.
El Mundo, Caracas, 1958.
(Articulista ocasional): *El Universal*, Caracas, 1945.

VI.- Trabajos jurídicos:

Tesis de grado sobre *Concepto del Derecho de Propiedad* (1936). *El Extranjero y la Inmigración en Venezuela* (Cuadernos Verdes de la Conferencia de Agricultura), 1945.
Introducción a la Obra "Jurisprudencia del Impuesto sobre la Renta", 1956.

VII.- Trabajos históricos y literarios:

1. *Muestrario de Historiadores Coloniales de Venezuela*. Edición del Ministerio de Educación, Caracas, 1948.
2. *Introducción al Estudio de las Instituciones Coloniales de España en Venezuela durante la Colonia* (Conferencias), Universidad Central, Revista de Cultura Universitaria, 1950.
3. *Don Gerardo Patrullo y otros desmayos*, Caracas, 1954.
4. *El poeta desaparecido y sus poemas*, Caracas, 1952.

5. *Archivos de una inquietud venezolana*, Caracas, 1955.
6. *Francisco Isnardi, pequeña biografía* (Fundación Mendoza), Caracas, 1955.
7. *Gacetillas de Dios, de los hombres y de los animales*, Caracas, 1957.
8. *Memoria y cuento de la generación del 28*, Caracas, 1958.
9. *Páginas de evasión y devaneo*, Caracas, 1959.
10. *El Bolívar de Madariaga y otros Bolívares*, Ediciones Paragoachoa, Caracas, 1960.
11. *El Municipio, raíz de la República*, 1960.
12. *El proceso de Isnardi* (Academia Nacional de la Historia, 1960).

VIII.- Trabajos en colaboración:

1. *Misiones Venezolanas en Archivos Europeos*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1954.
2. *Fuero Indígena Venezolano*. Tomo I, Ministerio de Justicia, Caracas, 1954.
3. Introducción a la *Reedición Facsimilar de "El Publicista de Venezuela"*, Caracas, 1959.